

*Una visión a la distancia**

* González de Alba, Luis, *Tlatelolco aquella tarde*, México, Cal y Arena, 2016.
TLA-MELAU, revista de Ciencias Sociales. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México / issn: 1870-6916 / Nueva Época,
año 10, núm. 41, octubre 2016/marzo 2017, pp. 250-255.

Jorge Daniel Alcántara León*

Resulta significativo, irónico y dramático, que el 2 de octubre de 1968, el mismo día de la sangrienta y brutal agresión en contra del movimiento estudiantil popular, ese mismo día se hubiera efectuado por la mañana la primera reunión de diálogo con los representantes del Gobierno y, un par de días antes, el 30 de septiembre, el ejército hubiera salido de Ciudad Universitaria.

Al parecer, el 1 de octubre se reunió el Comité Nacional de Huelga (CNH), o lo que quedaba de él, porque muchos dirigentes andaban escondidos y otros habían sido detenidos por la policía. Para llevar a cabo el inicio de las pláticas conciliatorias, el CNH designó a Gilberto Guevara Niebla, Anselmo Muñoz y a Luis González de Alba. De ahí que De Alba es, sin duda, un testigo presencial y activo de primer orden del movimiento de 1968 en México y de la represión sufrida el 2 de octubre, en la Plaza de las Tres Culturas.

El texto *Tlatelolco aquella tarde*, es obra póstuma de Luis González de Alba. Fue publicada por ediciones Cal y Arena en 2016 y se puso en circulación a fines de ese mismo año. Esto después de que el autor se suicidara, el 2 de octubre de 2016, en el 48 aniversario de la represión en Tlatelolco a un mitin estudiantil popular. La fecha 2 de octubre marcó la vida de Luis, igual que impactó la vida de cientos que estuvieron ahí, y de otros miles que se identificaron con el movimiento a lo largo y ancho del país. No por nada diversos intelectuales y políticos hablan del 68 como un parteaguas en la historia de México.

En el texto, el autor afirma que quiere insistir en su versión testimonial porque a lo largo de casi cincuenta años hay muchos que escriben sobre el movimiento sin haberlo vivido y sin haber sufrido la experiencia vital de estar en medio de la agresión. Dice Luis: “El movimiento del 68, que cumplirá ya 50 años a la vuelta de la esquina, y los hechos de Tlatelolco, se han llenado de expertos que no estuvieron allí ni vieron nada: el mito gana terreno”.

¿Qué fue realmente el movimiento de 1968? ¿Qué factores motivaron la espontánea rebelión de los jóvenes? ¿Qué papel cumplía en los hechos y en la ideología la izquierda política organizada? ¿La cercanía de los juegos olímpicos fue factor fundamental para que el Gobierno quisiera liquidar el movimiento de una vez por todas? ¿Existían enfrentamientos serios en el seno del PRI-Gobierno ante el proceso? ¿El presidente Díaz Ordaz fue el único responsable y operador estratégico de la represión? ¿El ejército tenía facultad para intervenir en asuntos de seguridad interna? ¿Los mandos policiacos y

* Director del Programa de Estudios Universitarios en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México. (estudiosbuap@gmail.com)

militares actuaron por cuenta propia? ¿La intención era frenar el crecimiento de la entonces incipiente guerrilla urbana y rural? ¿Gobiernos extranjeros intervinieron para forzar el enfrentamiento violento?

Son múltiples las dudas que surgen sobre el hecho histórico y, como es previsible, múltiples interpretaciones sobre el mismo, a partir de las vivencias personales, las versiones testimoniales —ambas con la dificultad y limitaciones que ofrece la memoria y la interpretación de los actores—. Por otra parte, las interpretaciones de la investigación histórica y periodística suelen efectuarlas a la distancia plumas casi siempre involucradas con perspectivas ideológico-políticas.

El movimiento estudiantil de 1968 en nuestro país debe ser analizado e interpretado en su contexto histórico y a la luz de sus efectos en la sociedad mexicana, en los procesos de democratización, en la conformación del tejido social y en la reorganización del sistema político.

Lo cierto es que entre julio y octubre de 1968 se presentó una enérgica, y al parecer inesperada, protesta en contra del sistema político, que rápidamente se extendió hacia otras universidades del país y buscó insertarse con diversos grupos populares. Este desafío a la autoridad establecida, al sistema presidencial, sorprendió, aparentemente, al propio presidente de la república, desbordando la capacidad de control del aparato policiaco y de inteligencia.

La destrucción de la puerta de la Preparatoria 1 de la UNAM, en San Ildefonso, mediante un disparo de bazuca, hizo evidente el poco tacto y carencia de sentido diplomático para resolver el conflicto iniciado días antes, con el enfrentamiento entre preparatorianos de una escuela particular y de la Vocacional 5 del Instituto Politécnico Nacional. Lo anterior con el agravante de que el país estaba en el centro de la atención mundial por la cercanía de los juegos olímpicos, los primeros en realizarse en América Latina.

En realidad, existía en el país una inconformidad creciente por el nivel de vida, pues se presentaban síntomas de desgaste en el crecimiento económico por el agotamiento del llamado desarrollo estabilizador, y un desgaste en el sistema político, porque el partido único ya no podía contener a expresiones políticas que buscaban construir un sistema socialista. La agresión a la preparatoria 1 motivó la participación activa del rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, quien convocó a una manifestación de protesta. Así, el movimiento fue en ascenso y se plantearon las demandas centrales del movimiento.

Afirma González de Alba que en Lecumberri, la prisión a donde fueron reclusos, los líderes pudieron reconstruir los sucesos del 2 de octubre formulando una historia colectiva que, a fuerza de ser estructurada con distintas versiones y repetir hasta el cansancio, acabó convirtiéndose en la verdad del 68, desde luego, distinta a la “verdad oficial”. Apunta en el capítulo primero: “Esa versión coral fue útil en su momento para oponer a la infamia que sostenía el gobierno [...] resulta importante limpiar el relato. Si nosotros no

disparamos sobre nuestra propia gente, ¿quién y sobre todo por qué, para qué lo hizo? Y, ¿cómo fue posible que también cayeran heridos y muertos soldados, unos en uniforme y otros en ropas civiles? ¿Por qué hubo soldados sin uniforme y cómo lo supimos?”

En cualquier caso, la versión coral a la que se refiere el autor se volvió mito. El mito sin duda ha crecido y, como todo mito, se convierte en factor de movilización de voluntades, en sustento de principios y en punto de referencia para dar impulso a acciones que, se supone, son congruentes con lo que representa el mito. Así, la movilización estudiantil tuvo alcance nacional y con posterioridad ha sido bandera y referencia de múltiples protestas estudiantiles, magisteriales y de otra naturaleza social. Incluso algunas organizaciones recurren a su nombre como forma de identidad por el peso simbólico que representa esta identidad.

En los tiempos neoliberales, el movimiento ha generado formas de acción y de lucha, principios de solidaridad, orientación en la perspectiva socialista y ha conducido a miles de ciudadanos a la participación política en sindicatos, partidos políticos y otras formas de organización social. Por tanto, el discurso oficial que atribuía la protesta a iniciativas forjadas por organizaciones comunistas extranjeras, en particular de la Unión Soviética, quedó descartado. Entonces: ¿qué pasó realmente?

Como siempre, las versiones se construyen y reconstruyen en función de la memoria y de las fuentes documentales. En el caso de los actores vivos, se construye en función también de su propia transformación ideológica, cultural, emocional y socioeconómica.

La obra es una versión novelada de la movilización ciudadana a lo largo del país para protestar contra un estado de sitio no declarado. Expresa la voz del movimiento, se asume que todos somos el CNH, se plantea el ejercicio de la democracia directa y su organización horizontal. Sin embargo, no se busca ni la toma del poder, ni la movilización de las masas obreras y campesinas. Las demandas fueron específicas: liberación de presos e indemnización a familiares de los afectados por la represión.

Fueron los propios actores sociales, los líderes del movimiento ya excarcelados, los partidos políticos, las organizaciones sindicales independientes, las instancias que le dieron significado al movimiento utilizándolo como punta de lanza para impulsar la democratización del país. Esta misma democratización fue la que tuvo que asumir el Gobierno de la república, ya en tiempos de Luis Echeverría Álvarez como presidente, para permitir la creación de otros partidos políticos. Esto fungió como válvula de escape a la inconformidad social, para que sectores de diversas clases sociales se expresaran en el ámbito político electoral.

A 48 años de distancia, de Alba no renegaba de lo dicho y escrito, pero sí quiso reivindicar su papel central en el proceso, sus discrepancias con

otras versiones sobre el movimiento —en particular con la versión de Elena Poniatowska, quien escribió el libro *La noche de Tlatelolco*— a partir de entrevistas realizadas con distintos líderes, entre ellos Gilberto Guevara Niebla, Pablo Gómez, Eduardo Valle, Ernesto Olvera, Raúl Álvarez Garín, Félix Hernández Gamundi, Salvador Martínez Della Rocca y, desde luego, Luis González de Alba, quien le facilitó algunos de sus propios manuscritos.

El autor se sintió ofendido por el texto de Elena, al fin y al cabo otra versión coral, y en su momento escribió un ensayo demandando a Poniatowska por supuesta tergiversación de lo que él había expresado. En su momento, la redacción de *Nexos*, donde presentó su ensayo “Para limpiar la memoria”, afirma: “Este ensayo tiene su origen en la relectura de *La noche de Tlatelolco*, el libro de Elena Poniatowska. A partir de ahí, Luis González de Alba se ve obligado a corregir muchas de las imprecisiones que ostenta el libro”.

Lo que mejor define al movimiento de 68 es justamente su carácter dinámico, dialéctico, contradictorio y, sobre todo, colectivo. Su fuerza no está en las demandas que enarboló, ni en los distintos análisis y esfuerzos teóricos que le acompañaron ese año y lo han acompañado a lo largo de casi medio siglo. Aquí puedo resaltar la famosa formulación teórica de José Revueltas: la autogestión, entendida como una toma de consciencia, de lo que significa estudiar, conocer, aprender, saber para transformar a la sociedad, para que la educación superior desempeñe un papel crítico hacia la sociedad.

Lo esencial del movimiento estudiantil-popular de México 68 es que abrió caminos para que voces distintas se expresaran, para que el sistema político fuera cuestionado. Dio cauce a inconformidades, al resentimiento social y cultivó anhelos de libertad sindical, promovió la exigencia de renovación y actualización de programas de estudio y de mecanismos de enseñanza-aprendizaje, componentes todos ellos aún presentes en los tiempos neoliberales.

El 68 por eso está aún vigente en la memoria histórica de los grupos sociales progresistas, democráticos. La abundancia de libros, ensayos, artículos en torno al 2 de octubre de 1968 hace evidente que las manifestaciones de protesta y la condena a la violencia del Estado son un sentir social persistente. El movimiento otorga causa y sentido al derecho a la rebelión.

La importancia del texto *Tlatelolco aquella tarde* radica en que reabre la discusión, fomenta el debate, cuestiona sobre los dichos de otros actores de la época. Podemos o no estar de acuerdo con la muy humana obsesión del autor por ser poseedor de la verdad pero, en todo caso, éste reconoce que es “su verdad”, por ser quien lo vivió, porque estuvo ahí, porque, como afirma, nadie se lo contó. Y ante la cercanía de la muerte, decide dejar su último testimonio.

Tlatelolco aquella tarde es un texto dividido en cinco capítulos, con un breve resumen introductorio de dieciséis puntos, que sintetiza el movimiento del 68. Constituye una bien escrita provocación, fundamentalmente para quienes

estamos interesados en la rigurosidad de la investigación histórica y en la importancia de la memoria colectiva para la construcción del tejido social.

Sin querer, o tal vez con intención, al dedicar prácticamente su texto contra Elena Poniatowska, le otorga actualidad a *La noche de Tlatelolco*, lo cual es de agradecer, por el indudable valor testimonial que contiene. Es acorde con su labor incansable de escritor, periodista y divulgador del conocimiento. Porque se trata de ser congruente, de defender aquello en lo que creemos, por lo que luchamos. Así fue González de Alba, congruente con lo que creyó y vivió.